

EL MUNDO INTELECTUAL DE HIDALGO

Juan HERNANDEZ LUNA

HIDALGO Y LA UNIVERSIDAD

Hidalgo ha sido uno de nuestros prohombres más discutidos y combatidos. Lo ha sido tanto, que sólo con la literatura que se ha escrito en su contra podría formarse una biblioteca de grandes proporciones. Es cierto que la historia se ha ido encargando de deshacer las calumnias y de arraigar su personalidad cada vez más en la conciencia nacional, pero todavía quedan algunos cargos que, a juicio de muchos, no se han dilucidado con plena satisfacción. Entre ellos deseo destacar aquí el que acusa a Hidalgo de falta de personalidad académica, de falta de personalidad intelectual.

Recién iniciada la revolución de Dolores, un doctor de la Real y Pontificia Universidad de México escribe, con el título de *El Anti-Hidalgo*, dieciséis cartas en contra de don Miguel Hidalgo y Costilla, y en una de ellas (en la décima) declara que la Universidad debería quitarle hasta el título de bachiller, porque no merecía estar “ni debaxo de las gradas por donde corren los albañales y se expelen las inmundicias”.¹

En otro documento de la época, en los *Diálogos entre Filópatro y Aceraio*, escritos por otro doctor de esa Universidad, se asegura que la insurrección del 16 de septiembre de 1810 está condenada al fracaso, fundamentalmente porque Hidalgo, su principal jefe, es un simple cura sin prestigio académico, a quien llaman “doctor” sin serlo, esto es, sin haber obtenido ese título de la Universidad. “¡Qué Doctor ni qué calabaza!... No ha creado la Universidad de México monstruo de esa clase...”²

El 1º de octubre de 1810, el entonces Rector de la Real y Pontificia Universidad de México, viendo que en los papeles públicos se daba a Hidalgo el título de “doctor”, ordenó que se registrara el archivo de la secretaría y los libros en que era costumbre asentar los grados mayores; si el cura de Dolores

había recibido de la Universidad el título de Doctor, era necesario que se le “depusiese y borrarse el grado”; en caso de no estar graduado en ella, había que suplicar al Virrey que, a nombre de ese ilustre claustro, se ordenara hacer circular la noticia por medio de la *Gaceta* y el *Diario*, para que entendiera el público que “hasta ahora la Universidad tiene la gloria de no haber mantenido en su seno, ni contado entre sus individuos, sino vasallos obedientes, fieles patriotas y acérrimos defensores de las autoridades y tranquilidad pública”.³

Por lo que respecta a Hidalgo, parece que no tenía una opinión muy favorable de la Real y Pontificia Universidad de México, según se desprende de las escasas noticias que a este respecto poseemos. En el escrito en que don Manuel de Flores, inquisidor fiscal del Santo Oficio, formula cincuenta y tres cargos contra Hidalgo, le acusa de haber injuriado y denigrado a los “beneméritos graduados” en la Universidad, pues tuvo la osadía de decir “que no se había graduado de Doctor en esta Real Universidad, por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes”.⁴

En la contestación de Hidalgo a los cargos hechos por el edicto de la Inquisición, declara que es mentira que haya dicho que no se había graduado de doctor en la Real Universidad por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes. Cuando intentó hacerlo, dice, “lo frustró la muerte de mi padre y después no insistí en hacerlo, porque tomé la resolución de no graduarme, porque no pretendía colocación que lo exigiera. Lo que no podré negar es que en una conversación dije que si en México se hicieran los actos literarios como en la Sorbona, donde para Doctores se presentan con todas las teologías, dogmática, polémica, escolástica, moral, con la Biblia, con la historia eclesiástica, y con los diez y ocho Concilios Generales por lo menos, pudiera haber menos doctores, o haría que algunos estudiaran más para igualar a otros de este nuestro claustro que nada han deseado a los de la Sorbona”.⁵

De los testimonios anteriores se desprende que para los ilustres doctores de la Real y Pontificia Universidad de México, Hidalgo no tenía una personalidad universitaria genuina y por lo mismo se le juzgaba fuera del ambiente académico oficial establecido por el claustro de esa Universidad, entonces el foco de cultura de mayor prestigio no sólo en la Nueva

España, sino en toda la América hispana. Para ellos Hidalgo no era un universitario del tipo tradicional, de los que aquella universidad acostumbraba preparar. Hidalgo, por su parte, parece que no concedía importancia mayor a la Real y Pontificia Universidad de México, porque al criticar los “actos literarios” que ella acostumbraba realizar para otorgar los grados académicos, deja entrever que aquella casa de estudios era ya en esos años una fábrica de doctores, que dispensaba estos títulos a manos llenas.

Si Hidalgo, a juicio de sus enemigos los realistas, no era un universitario del tipo de los preparados por la Real Universidad, ¿quiere decir esto que carecía de auténtica calidad universitaria? ¿No cabe más bien decir que, al ser repudiado de aquel ambiente oficial por no ser vasallo obediente y acérrimo defensor de las autoridades, es porque Hidalgo era en el fondo un universitario diferente o de nuevo cuño? Y si Hidalgo criticó los actos literarios de la Pontificia Universidad en la forma que se ha visto, ¿fue porque se consideraba como un universitario distinto de aquellos señores celosos de sus insignias académicas? La tesis que me propongo demostrar a continuación es que Hidalgo era un universitario nuevo.

LA CARRERA ACADÉMICA DE HIDALGO

¿Qué habían estudiado aquellos universitarios de toga y birrete que Hidalgo no estudiara? Como ellos, hace primero un curso de Retórica (1765-1767) bajo la dirección del P. José Antonio Borda en el Colegio de los jesuitas de San Francisco Javier de Valladolid, hoy Morelia, donde años antes había enseñado filosofía al célebre humanista Francisco Javier Clavigero, según se desprende de la carta que le escribe el P. Nicolás desde Querétaro: “deseo a V. mucha salud, y gusto con el *Verbum Aristotelis*. . .”⁶

Como ellos, hace en seguida un curso de Artes o de Filosofía (1767-1770) en el Colegio de San Nicolás, también de Valladolid, con el bachiller don José Joaquín Menéndez Valdés, quien dice haber enseñado ese curso conforme a la “doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás”.⁷ Hidalgo presenta luego su examen de grado de Bachiller en Artes (30 de marzo

de 1770) en la Real y Pontificia Universidad de México. Hay que señalar que durante su curso de Artes se distinguió como buen estudiante, como lo prueba el "acto de física" que sustentó a su regreso a Valladolid y que mereció que su maestro lo distinguiera con el primer lugar, así como también el hecho de que figurara como presidente de las "academias" de sus condiscípulos.

También como ellos, hace un curso de Teología (1771-1773) en el Colegio de San Nicolás y presenta su examen para obtener el grado de Bachiller en Teología en la Real y Pontificia Universidad de México (24 de mayo de 1773). Seguramente Hidalgo manifestó amplios conocimientos en su examen, porque mereció la distinción de replicar al día siguiente en el examen que sus compañeros presentaron con el mismo objeto.⁸ De regreso sustentó un acto de la *Prelecciones* del P. Serry, que el Colegio de San Nicolás dedicó al doctor y maestro Juan Ignacio de la Rocha.

Hasta aquí Hidalgo ha estudiado todo lo que la Real y Pontificia Universidad de México exigía a un estudiante que aspiraba a graduarse en el doble bachillerato de artes y teología. Lo que ya no hace es graduarse de doctor. El historiador Alamán dice que no lo hizo porque al pasar por Maravatio perdió en el juego los "cuatro mil pesos" que llevaba para el pago de los honorarios que la Universidad exigía por ese concepto.⁹ Pero esto no es verdad; según se ha visto, el propio Hidalgo declara que no se doctoró porque la muerte de su padre se lo impidió y luego porque "no pretendía colocación que lo exigiera".

Por lo demás, la falta de doctorado no fué óbice para proseguir su carrera de universitario. Su condición de bachiller le permitió aspirar a una de las "becas de oposición" en el Colegio de San Nicolás; la obtuvo después de un examen en el que demostró conocimientos muy superiores a los de sus opositores. Esta beca le permitió figurar entre el núcleo más selecto de intelectuales del Colegio de San Nicolás y disfrutar de los privilegios de presidir las academias de filósofos y teólogos, examinar anualmente a los demás colegiales, sustituir a los profesores que por enfermedad o alguna otra causa faltaban a sus clases y ayudar al Vicerrector en cénlar durante las horas de estudio.

No se graduó de doctor, pero esto no le impide hacer una brillante carrera docente de bachiller. Primero figura como "maestro de mínimos y menores" (1779) en el Colegio de San Nicolás, luego de Artes o Filosofía (1781), después de Teología escolástica (1783), y finalmente de Prima de Teología (1788). Tampoco impide que sus superiores lo distinguan con los cargos de tesorero (1787), de secretario (1788), de vicerrector (1788) y de rector (1792) del propio Colegio de San Nicolás. No era doctor, pero hablaba y escribía varios idiomas: el latín, el francés, el italiano, el otomí, el náhuatl y el tarasco. Había predicado varios sermones panegíricos, morales y doctrinales, traducido del latín la *Epístola del Doctor Máximo San Jerónimo a Nepociano*, añadiéndole algunas notas para su mayor inteligencia, y compuesto dos *disertaciones sobre el verdadero método de estudiar Teología escolástica*, una latina y otra castellana.

Como se ve, toda la carrera académica de Hidalgo presenta un ritmo ascendente y fué, como dice el doctor De la Fuente, "brillantísima". Sin tener el título de doctor, Hidalgo vale tanto como el más ilustre de aquellos doctores de bonete con borlas de la Real y Pontificia Universidad de México. Existe, sin embargo, una diferencia, por cierto enorme, entre el universitario nicolaíta Hidalgo y aquellos universitarios de insignias académicas. Esta diferencia es la siguiente.

La cultura, el saber de los que pasaban por ser los más ilustres varones de la Pontificia Universidad Mexicana tenía un carácter de lujo, de adorno, de ornato intelectual, de ocio académico. En el prólogo a la segunda edición de las *Constituciones* de la Universidad se da noticia de algunos de esos doctores que se tenían por insignes. ¿Por qué lo eran? Uno de ellos, don Antonio Calderón, lo era por su felicísima memoria; leía un libro y en seguida lo vendía, porque "recordaba los lugares y hasta las páginas". Otro, don Antonio Adar de Mosquera, lo era porque en un concurso "predicó repentinamente en castellano, mexicano, coconeco y angolano". Un tercero, don Pedro de Paz Bazconcelos, lo era porque, siendo ciego de nacimiento, aprendió, con sólo oír, Retórica, Filosofía, Teología y Jurisprudencia, con tal perfección, que oportunamente citaba autores, lugares y aun páginas. Finalmente, don Francisco Naranjo se consideraba insigne porque

dictaba de memoria a la vez a cuatro amanuenses otros tantos puntos del Maestro de las Sentencias, y porque en un concurso dijo de memoria un extenso artículo de la *Suma teológica* de Santo Tomás, comentándolo y explicándolo *de verbo ad verbum* por espacio de dos horas.¹⁰

Hidalgo se distingue de estos monstruos universitarios, de esta fauna de sabios de muceta y capucha, de pasmosa memoria y de no menos pasmosa erudición, por una cosa al parecer sencilla: porque en él la cultura, el saber, el conocimiento adquirido tienen una misión, un destino: el destino y la misión de contribuir al perfeccionamiento del hombre y de las instituciones que sirven al hombre; destino y misión de transformar y de perfeccionar la sociedad y la patria en donde se nace y se vive.

Durante su estancia de veintisiete años en el Colegio de San Nicolás, Hidalgo adquiere una gran capacidad teórica, un rico equipo de técnicas mentales, un excelente instrumental de ideas, un vasto saber con que hacer frente a los problemas de su marco histórico. Pero al mismo tiempo adquiere una gran capacidad práctica, de realización, de modificación y transformación de la realidad circundante. Esta congruencia entre teoría y práctica, entre saber y realidad, entre conocimiento y vida, es lo que distingue al universitario nicolaíta Hidalgo de aquellos universitarios de capelo y golilla de la Pontificia Universidad Mexicana. Teoría sin práctica es dilettantismo, ocio, ornato, lujo, pasatiempo, recreo. Práctica sin teoría es improvisación, audacia, desconcierto, titubeo, confusión que acaba en escepticismo y en fracaso. En el universitario, en el intelectual Hidalgo se dan ambas capacidades, maravillosamente compenetradas. Su gran diferencia respecto de aquellos doctores radica en que supo vertebrar su vasto saber con la germinación nacional que ya bullía en el seno de la Nueva España; supo fundir su lúcida cultura con aquella mexicanidad que ya empezaba a dibujar sus contornos. Por eso puede hablarse con propiedad de un "mundo intelectual de Hidalgo", de un mundo propio de ideas, de un mundo intelectual forjado, construido por él mismo, que no encontramos en los doctores, ni siquiera en los que pasaban por más ilustres y representativos de la Real y Pontificia Universidad Mexicana.

EL MUNDO DEL REFORMADOR UNIVERSITARIO

En el mundo intelectual de Hidalgo podemos señalar una primera época, la comprendida entre el año de 1782, en que llega a la cátedra de Teología escolástica en el Colegio de San Nicolás, y el de 1792, en que por orden superior abandona el Colegio para hacerse cargo del curato de Colima. Entre estas dos fechas hay que colocar la de 1784, que es el año en que el deán de la Catedral de Valladolid, doctor don Joseph Pérez Calama, convoca a todos los teólogos y estudiantes de aquella ciudad a un concurso sobre el mejor método de estudiar teología, ofreciendo como premio doce medallas de plata al que presentara, en latín y en castellano, la más bien pensada disertación. Sabemos que Hidalgo participó en aquel concurso y ganó el premio con una *Disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología escolástica*, cuyo texto fué publicado por primera vez, según el testimonio que nos ofrece don Francisco Banegas Galván en su *Historia de México*, en la *Gaceta Oficial* de Michoacán en el año de 1885 o en el de 1886.¹¹ Por el contenido de esta disertación sabemos que el mundo intelectual en que por entonces se movía Hidalgo era el de la reforma académica, el de la reforma de los métodos, de los textos, de la orientación y contenido de la enseñanza. Hidalgo vive entonces preocupado por transformar los usos tradicionales y rutinarios de la enseñanza de la teología en su Colegio.

Por los nombres que Hidalgo cita en su *Disertación* se puede juzgar hasta qué punto estaba capacitado teóricamente para emprender esa reforma de los estudios teológicos de su tiempo. Entre ellos están Anaxágoras, Leucipo, Aristóteles, Pitágoras, Séneca, Cicerón, Virgilio, y además Tertuliano, Dionisio Areopagita, San Anacleto, el Papa Aniceto, San Clemente, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, Clemente VI, San Dámaso, Juan III, Notker Labeo, Santo Tomás de Aquino, David de Dinando, Gregorio IX, Inocencio III, Juan XXI, Juan XXII, Pío II, Juan Gersón, Clemente VII, Gerardo Vosio, Melchor Cano, Salmerón, Sirmond, el Cardenal Aguirre, el P. Gonet, Feijóo y muchos otros.

Hidalgo emprende una crítica de la obra teológica del dominico francés Juan Bautista Gonet, *Clypeus Theologiae*

Thomisticae, que entonces servía de texto en el Colegio de San Nicolás. Apenas acabamos el curso de Artes, escribe Hidalgo en su disertación, “cuando nos hallamos con el Gonet en la mano, y se nos persuade que no hay más Teología que la que está contenida en sus cinco tomos”. Y, sin embargo, esta obra contiene algunos defectos que “para un teólogo me parecen muy substanciales, y mucho más habiendo de servir como de cartilla a los principiantes”. Estos defectos son: la suma prolijidad con que trata las cuestiones, al grado de que lo que el autor diserta en dos pliegos lo podía decir en dos planas; el abuso de las formas escolásticas, que hace que se pierda mucho tiempo en las aulas; la introducción de muchas cuestiones filosóficas inútiles: si se entresacaran todas ellas de los cinco tomos, apenas se podría formar un tomo de sustancia; la falta de historia y los pecados o faltas contra la verdad histórica, que llevan al estudiante a admitir fábulas como aquella de que César ofreció al oráculo de Apolo un sacrificio de cien víctimas, cuando la verdad es que César jamás fué a Grecia y por lo mismo no pudo consultar el oráculo personalmente; y la falta de crítica, que lleva al autor a admitir como genuinos libros que según todos los críticos son apócrifos: así, “todas las pruebas” históricas que Gonet presenta para demostrar que Cristo instituyó en la noche de la cena el sacramento de la confirmación y que es nula la consagración de un obispo si no concurren otros tres están tomadas de libros apócrifos.

Después de refutar los errores o deficiencias contenidos en el texto teológico de Gonet, Hidalgo juzga que son un “obstáculo al aprovechamiento de la juventud”, y que por lo mismo ese texto debe sustituirse por otro más moderno y de orientación más positiva, como por ejemplo el de “Gotti, Bertí u otro que se juzgue más a propósito”.

Pero su programa de reforma universitaria no se agota en la pura crítica del texto de Gonet y en proponer su sustitución por otro mejor. Esta crítica es sólo accidental en su programa reformista, porque lo que en realidad se propone como fundamental es cambiar la orientación escolástica que predominaba en los estudios teológicos de aquella época en la Nueva España. En este aspecto su reforma no es ya local, sino que reviste proporciones nacionales. La Teología esco-

lástica, dice Hidalgo en su disertación, debe seguirse estudiando en México, pero es preciso que se haga de modo útil. Hay una Escolástica *común*, fundada en las opiniones o “formas sustanciales y accidentales” de Aristóteles, que introduce mil cuestiones inútiles, que no trata sino “una u otra cuestión de dogma” y que emplea “todo el tiempo en sofismas y metafísicas”. Esta Escolástica, sinónimo de lucubraciones embrolladas y estériles, dominaba entonces en los centros educativos de la Nueva España y es la que Hidalgo rechaza diciendo que los mejores teólogos la han condenado por inútil, y que “los Concilios y los Papas procuraron exterminarla y dejarla sepultada en sus mismas cunas”. Al lado de ella existe la Escolástica *metódica*, “acomodada al uso de la Escuela, con argumentos y respuestas por el modo dialéctico”; la escolástica en este sentido es un mero método de exposición dialéctico y ordenado, e Hidalgo la juzga aceptable.

Lo que Hidalgo propone que se haga con la Escolástica es vaciarla de su contenido tradicional y conservar su solo nombre; propone que se rechace la escolástica en cuanto a su contenido filosófico-teológico doctrinal y se admita sólo en cuanto a su forma metódica y ordenada, esto es, propone que se conserve de la escolástica sólo su corteza: el método dialéctico, la forma didáctica.

El “verdadero método” que ha de servir al estudio de la Teología, dice Hidalgo, debe consistir en “juntar la escolástica [considerada como método didáctico] con la positiva”. ¿Qué entiende Hidalgo por “Teología positiva”, es decir, por la teología que acepta y propone como base de su reforma académica? “Es la Teología —dice— una ciencia que nos muestra lo que es Dios en sí, explicando su naturaleza y sus atributos, y lo que es en cuanto a nosotros, explicando todo lo que hizo por nuestro respeto y para conducirnos a la bienaventuranza”. Y ¿cómo podemos saber de Dios? Siendo “Dios un objeto enteramente insensible y superior a toda inteligencia creada, no podemos saber de su Majestad sino lo mismo que se ha dignado revelarnos”. Pero lo que se ha dignado revelarnos sólo podemos saberlo por el estudio de las Escrituras y de la tradición apostólica. Para una perfecta inteligencia de éstas hace falta conocer la doctrina de los Padres, la doctrina de los Concilios, la historia, la cronología, la geografía y la crítica.

En esta Teología positiva, que Hidalgo propone como fundamento de su reforma de los estudios teológicos, encontramos desde luego una actitud anti-metafísica. Quiere que la enseñanza no tenga un contenido o una orientación metafísica, porque la metafísica es para él una “palabra despectiva y casi sinónima de *sofisma*, de lucubraciones embrolladas y estériles”.¹² Encontramos también en esta reforma una actitud agnóstica, o por lo menos fideísta, que hace pensar que Hidalgo desea que la enseñanza se oriente —como lo hace notar don Gabriel Méndez Plancarte— conforme a la doctrina de Guillermo de Ockam, “para quien la razón humana ya no era capaz de demostrar la existencia, ni mucho menos los atributos de Dios”.¹³

Finalmente, Hidalgo quiere acabar con la estrechez de horizontes culturales en que vivía encerrado el estudiante de Teología en la Nueva España, ampliándolo con el conocimiento directo de las Escrituras, de la tradición, de la doctrina de los Padres de la Iglesia, de los Concilios, de la historia, de la cronología, de la geografía y de la crítica. En otros términos, quiere con su reforma colocar los estudios teológicos de la Nueva España a la altura de los que existían en las más célebres universidades del mundo.

Un reformador universitario, un reformador académico, esto fué Hidalgo durante la primera época de su mundo intelectual. Quienes en México han venido hablando hasta hoy de reforma universitaria, no parecen haberse dado cuenta de que en Hidalgo está una de las raíces más hondas de la nueva Universidad mexicana, como tampoco parecen haber advertido que las otras raíces están en Díaz de Gamarra, en Alzate, en Bartolache y en Fernández de Lizardi. El mismo Justo Sierra, que tan buen olfato tenía para la historia, no parece haberlo advertido, cuando en 1910 erige, sobre los escombros de la Universidad colonial mexicana, la Universidad Nacional de México.

EL MUNDO DEL TEÓLOGO “LUDENS”

En el mundo intelectual de Hidalgo es posible distinguir una segunda época, la comprendida entre 1792 y 1803. La primera fecha marca el momento en que Hidalgo, por acuer-

do superior, sale del Colegio de San Nicolás, en donde había vivido veintisiete años y se hace cargo del curato de Colima, donde sólo dura ocho meses. La segunda fecha señala el año en que Hidalgo deja a su hermano José Joaquín el curato de San Felipe Torres Mochas, en donde llevaba once años, y pasa a la parroquia de Dolores. ¿Cuál es su mundo intelectual durante estos once años? Aparentemente Hidalgo no tiene en esta época vida intelectual. Sus biógrafos coinciden en decir que pasó esos años entregado a organizar reuniones, fiestas, días de campo y toda clase de diversiones; que pasaba las noches jugando al tresillo, al mus, a la malilla y bailando al son de la orquesta. Son años en que se habla del Hidalgo aficionado a la fiesta taurina, del ganadero de reses bravas y del amigo de los toreros Luna y Marroquín. Son años en los que se murmura de su inclinación a las mujeres y sus relaciones con la guapa moza Josefa Quintana, de las cuales nacieron sus hijas Micaela y María.

Hay, sin embargo, en estos años de aparente ocio frívolo, un mundo intelectual en el que Hidalgo vive. Es un mundo alegre, risueño, festivo, franco, comunicativo, “chancero”, como dicen Alamán y De la Fuente que era el carácter de Hidalgo en estos años. En este mundo, Hidalgo sigue siendo el teólogo, pero no el teólogo académico que años antes había enseñado en las aulas de San Nicolás la *Suma teológica* de Santo Tomás, sino el teólogo de tertulia, bromista y juguetón. En la vida intelectual de Hidalgo en esta época sigue estando presente la Teología, pero ahora es una teología lúdica, juguetona; Hidalgo juega con la teología como juega el jugador; discute las cuestiones teológicas con la actitud y el ánimo del jugador. Es un teólogo *ludens*, un jugador de teología.

Un ejemplo elocuente de esta teología lo tenemos en la discusión que sostuvo en casa del cura de Tajimaroa con los mercedarios Joaquín Huesca y Manuel Estrada. Se dice que estando Hidalgo en la mesa y haciendo uso de su “genio chancero”, trató de probar los talentos del padre Estrada; tomó la *Historia eclesiástica* del Abate Fleury y, traduciéndola del italiano, sostuvo que “Dios no castiga en este mundo con penas temporales”; esto dió origen a una acalorada discusión, que se generalizó entre los comensales y en la que terciaron principalmente los mercedarios, quienes, irritados por la dis-

cusión, lo denunciaron días después ante el Comisario de Valladolid.

En el cuerpo de la denuncia, presentada por fray Joaquín Huesca el 16 de julio de 1800, Hidalgo aparece como un lector de la *Historia eclesiástica* de Fleury, de las fábulas de La Fontaine, del *Corán* de Mahoma y de varios autores tenidos por jansenistas, y se le presenta discutiendo y haciendo travesuras teológicas sobre los Apóstoles, Santa Teresa, la Virgen, los Papas, las Sagradas Escrituras, la Iglesia y el Santo Oficio. De los Apóstoles, según el denunciante, Hidalgo sostuvo en aquella discusión que “fueron unos ignorantes, principalmente San Judas porque dijo: *los pecadores son como las nubes sin agua*, sin darse cuenta que jamás se han visto nubes sin agua”. De Santa Teresa, que era una “ilusa, porque como se azotaba, ayunaba mucho y no dormía, veía visiones, y a esto llamaban revelación”. De los sacerdotes, que enseñaban la moral cristiana sin principios, “pues si todos tuvieran unos mismos, todos sacaran unas mismas penitencias respecto a unos mismos pecados, lo que jamás sucede”. Del Mesías, que en “todo el Antiguo Testamento no se halla una proposición cumplida” respecto a su venida, que ninguno de los textos prueba que “hubiese venido”, y que tampoco consta en el texto original de la Escritura que haya venido. De la Virgen, que de la Escritura no se puede inferir claramente la integridad de su Concepción, ya que el “texto de Isaías: *Ecce Virgo concipiet et pariet*, no prueba nada, porque en el texto hebreo no había tal voz *Virgo*, sino la voz *Corrupta*, que significa mujer corrompida”. De la Biblia, que se estudia “de rodillas y con devoción, debiéndose estudiar con libertad de entendimiento para discurrir lo que nos parezca, sin temor a la Inquisición”. De la fornicación, que “no es pecado, como comúnmente se cree, sino una evacuación natural”, y que tampoco son pecado los “tactos impuros”, ni la “polulación (*sic*) provocada”, pues es una “materia que no ha de salir por los ojos, ni por los oídos, ni por la boca”. De Dimas, que “no hay certeza de que esté en el cielo, pues a lo mejor el buen ladrón fué Gestas”. De los Reyes Magos, que “no hay certeza de quiénes fueron”, “ni cómo habían venido” y que es una “vulgaridad el creer la concurrencia del buey y la mula en el nacimiento”. De las ceremonias de la Iglesia, que

es “ridícula la que consiste en enterrar los cuerpos de los difuntos echándoles agua bendita e incensándoles, porque el cuerpo del muerto carece de sentido de conocimiento y no sabe lo que con él se hace ni recibe con eso ningún provecho”. De la Inquisición, que su existencia es indecorosa a los obispos, “pues estando éstos obligados, por derecho divino, a cuidar del pasto con que se nutren sus ovejas, se han desentendido de él dejándolo encargado del Tribunal”.¹⁴

En este conjunto de proposiciones hay que ver un ejemplo del carácter lúdico de esta teología hidalguista. Si Hidalgo jugaba a la teología, era porque encontraba en este juego una actividad libre, una manera de liberarse del dogma, de la autoridad eclesiástica, de los cánones establecidos. “Todo juego es, antes que nada, una actividad libre”, dice Huizinga. Hidalgo jugaba con la teología, porque el juego es actividad libre, porque el juego es libertad. Con este juego Hidalgo desarrollaba su capacidad de hombre libre. Era una forma de escaparse de la vida monótona de su ministerio, para el que sin duda no estaba hecho, y era quizá, también, una forma inconsciente de protestar contra sus superiores que lo habían arrancado de su cátedra de Teología en el Colegio de San Nicolás. ¡Hay que pensar por un momento lo que debió significar para Hidalgo el que de pronto, después de haber pasado veintisiete años en un ambiente académico, se le arrancara de cuajo para recluirlo en un curato!

Pero además del sapiente jugador de teología, encontramos en esta época al traductor del teatro clásico francés y al director de escena. Desde su curato, Hidalgo crea un mundo exquisito de arte y belleza, donde él vive y lleva a vivir a su pueblo. Traduce comedias de Molière y tragedias de Racine, y no sólo las traduce, sino que las hace representar en su curato, seleccionando personalmente a los intérpretes, aleccionándolos y dirigiéndolos, y disponiendo todo lo referente al escenario y a los trajes de sus personajes, según su papel y la época. Es el mundo del *Tartufo*, del *Avaro* y del *Misántropo*, en presencia de cuyos personajes Hidalgo ríe y enseña a reír a su pueblo, porque la risa es ya una forma de romper las cadenas de la opresión en que vive la Nueva España desde hace trescientos años. Es el mundo de *Andrómaca*, *Británico*, *Esther*, *Mitridates*, *Fedra*, *Berenice*, *Bayaceto*, *Ifigenia* y *Ata-*

lía, frente a cuyos personajes Hidalgo respira y hace respirar a su pueblo el aire de la conspiración y de la rebeldía.

EL MUNDO DEL CURA "FABER"

Hasta el año de 1803 vive Hidalgo en este mundo de juego y teatro; en ese año abandona el curato de San Felipe Torres Mochas para hacerse cargo de la parroquia de Dolores. Su llegada aquí marca el comienzo de una tercera época en su mundo intelectual, que abarca hasta el 16 de septiembre de 1810, fecha en que marcha frente al ejército insurgente en pos de la independencia de México.

El mundo intelectual en que vive Hidalgo durante estos siete años podría decirse que es el mundo del cura *faber*, del cura obrero. Es la época en que se aprecia con más claridad al intelectual, al universitario que supo articular teoría y práctica, saber y realización. Es también la época en que se ve que en el intelectual Hidalgo la inteligencia y el saber tienen una misión que cumplir: la de perfeccionar al hombre y a las instituciones que le sirven, la de hacer más justa y más humana la vida de su pueblo y de su patria.

Para cumplir con su destino de intelectual, Hidalgo concibe un plan de transformación industrial, política y militar que aplica a la modesta comunidad del pueblo de Dolores y que es un plan digno de los más grandes reformadores sociales que ha tenido el mundo. Lo que Hidalgo quiere con él es ensayar en Dolores una simiente de vida humana nueva, más dichosa, más feliz, que en el futuro no padezca ya la miseria y explotación del régimen colonial, y que después pueda extenderse por todas las regiones de la Nueva España.

El aspecto industrial de su plan lo realiza instalando en uno de los solares de la parroquia un sistema de pequeñas industrias, formado por una alfarería, una herrería, una carpintería, un telar, una curtiduría y una talabartería; también hace que se planten moreras para fomentar la industria del gusano de seda, manda traer de La Habana abejas para formar colmenares y dispone que se siembren millares de vides en las huertas de todo el pueblo.

Consagra su inteligencia y su saber a hacer progresar ese sistema de industrias. Por las noches reúne a los obreros de

sus talleres y les lee libros que tratan de las industrias que cultivan y luego les hace explicaciones de los textos leídos hasta hacérselos comprender. Y, no conforme con esto, al día siguiente visita los talleres para comprobar si sus obreros realizan sin dificultad el saber aprendido por las noches.

Desgraciadamente carecemos de noticias acerca de todos los libros que Hidalgo leía entonces para mantener en constante avance sus industrias. Sólo sabemos que consultaba el *Método para sembrar las moreras y morales*, escrito por José Antonio Alzate por orden del Virrey Revillagigedo e impreso en 1793; unas *Lecciones de comercio y de economía política* del P. Antonio Genovesi, y un *Diccionario de ciencias y artes*, que pertenecía a la biblioteca de don José María Bustamante. Pero es evidente que este cura *faber* manejaba otros libros, que algún día la investigación histórica nos revelará, porque sus biógrafos están de acuerdo en afirmar que su curato fué entonces un emporio de cultura industrial y técnica, una verdadera escuela de artes y oficios.

El buen éxito que Hidalgo alcanzó con el desarrollo de estas industrias fué tan completo, que en la alfarería llegó a producir loza muy semejante a la porcelana extranjera; en la seda y en la lana logró hacer tejidos de muy buena clase; de la siembra de viñas y de la cría de abejas consiguió obtener vino y cera de muy buena calidad. Con esto dió nuevos elementos de riqueza al pueblo de Dolores y desarrolló el espíritu de empresa comercial entre la población, ya que todos los productos industriales los fiaba a los pobres, quienes los llevaban a vender a las poblaciones próximas y de regreso pagaban su importe. El bienestar que Hidalgo consiguió proporcionar con este ensayo industrial a todos los habitantes del lugar fué tan efectivo, que todavía en 1874 don Pedro José Sotelo, "el último de los primeros soldados de la Independencia", recuerda en su *Memoria* que aquellos años gozó el pueblo de Dolores de una "vida angelical y tranquila al lado del Señor Cura. . ." ¹⁵

Hasta hoy no se ha estudiado como lo merece este ensayo de pedagogía industrial que realizó Hidalgo en Dolores, pero no creo exagerado decir que, así como en la *Disertación* encontramos una de las raíces más vigorosas de la Universidad del México independiente, en ese ensayo hay que buscar

uno de los antecedentes históricos más valiosos de la enseñanza politécnica, que constituye hoy un capítulo tan importante de la educación nacional. De aquí que las ideas de Hidalgo se presenten como el punto de partida de una renovación no sólo de la vida universitaria, sino también de la enseñanza politécnica.

Unida a la renovación económica e industrial, concibió Hidalgo la renovación política de su pueblo de Dolores. Para ello abre de par en par las puertas de su curato a todas las clases sociales, dando igual trato al pobre que al potentado, al indio que al mestizo. Y con su conversación de hombre culto, va inculcándoles las ideas de libertad y de independencia y suscitando en sus espíritus el descontento y la inconformidad contra el gobierno de los gachupines. Para que su plan de transformación política sea completo, este cura faber estudia artillería y fabricación de armas, y hace fundir en los talleres de su parroquia los cañones que muy pronto han de disparar en Dolores. Su plan es tan completo que las bandas de música que organiza entre los indios son, según el testimonio de don Fermín de Reygadas, que visitó Dolores por estos años, más "propias para la campaña que para el estrado".¹⁶ Y hoy sabemos que era tan consciente este plan de transformación política en la mentalidad de Hidalgo, que concibió un "reglamento de la revolución" o un "plan de operaciones" de la revolución de Independencia, en el que estaban previstos los lugares por donde el ejército insurgente había de pasar y en donde habían de expedirse los decretos de confiscación de bienes a los europeos, de abolición de la esclavitud, del reparto de tierras, etc.

EL AFRANCESADO

Por las críticas que los escritores realistas hacen a Hidalgo en el momento de iniciarse el movimiento de Independencia, y por la declaración que el Pbro. Joseph Martín García de Carrasquedo rindió ante el Santo Oficio en 1811, podemos destacar todavía otro rasgo del mundo intelectual de Hidalgo: la serie de autores prohibidos que Hidalgo leía en esos años y que son en su mayoría franceses.

El autor de *El Anti-Hidalgo* afirma en su carta cuarta que el Cura de Dolores predicaba a sus feligreses una nueva

moral y “citábales en apoyo de esta moral reengendradora de poblaciones muchos textos de Rusó, Volter, Raynal, Diderot, y promesas de la familia *Bonapartuna*, que aseguraban felicidad, libertad e independencia”. Añade que con estas “doctrinas y magníficas promesas disponía y ganaba los corazones, haciéndose, como de Catilina dice Cicerón, *grave con los viejos, ameno y chistoso con los jóvenes, atrevido con los valientes y libertino con los viciosos*”.

El mismo autor declara en su carta décimaquinta que Hidalgo, contaminado del “pus gálico” de la filosofía, quiere realizar en la Nueva España “todas las hipótesis de Diderot, Helvecio, Rusó y otros aún peores, estableciendo el estado de pura animalidad y ser su régulo”. Y, en la carta duodécima, lo juzga como un reformador religioso que quiere trasplantar a este reino el culto y fiestas que “descaba Volter y puso en práctica Robespierre en París. Aquél lloraba la muerte de una cómica impura diciendo en su epitafio *que era digna de los altares*. El segundo dió pública veneración a una prostituta en el principal templo de París, la que hacía el papel de *el dios de la naturaleza o de la naturaleza diosa*. El nicho de San Pedro y San Pablo lo ocuparon las estatuas de Marat y otros regicidas. Conque *pariter, et eodem modo*, según tu estilo y doctrina, harán papel de santas tus concubinas y las de tus compinches; y en vez de las efigies de los santos, entrarás tú con Allende, Aldama y Abasolo, pues tan dignos sois como Marat y demás jacobinos sanguinarios. . .”

En otra carta, en la octava, el mismo autor lo presenta viviendo ya conforme al estado natural de Rousseau. “Unos dicen que ya, según el sistema de Rusó, has emprendido el estado que él llama *natural*, viviendo en las cuevas de los montes como las bestias, y al modo de las bestias; y que empezabas a andar en cuatro pies, parte por elección rusoyana, y parte por necesidad aculqueña”.

Don Fermín de Reygadas asegura al final del número catorce de *El Aristarco* que Hidalgo era un jacobino, “ciegamente enamorado de la venenosa doctrina de Voltayre y Rousseau, cisternas en que se harta con ansiedad la hidrópica sed de los que aspiran a hacer en el mundo un papel singular por una flamante filosofía, que sabe brincar las barrancas de lo vedado”.

Fray Joseph Jimeno, misionero apostólico, ex lector de sagrada teología y ex guardián del Colegio Apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, dice en su contestación al manifiesto de Hidalgo: “ancioso se entregó a beber quanto le fué posible el veneno de los libertinos, de los impíos, de los materialistas, de los irreligiosos y ateístas, teniendo sus delicias en la lectura de Voltayre, que lo era todo, y más descarado y procaz que todos”. Y añade: “sin duda Hidalgo ha aprendido de Voltayre a desacreditar la religión con bufonadas y descaradas burlas. . .”

Voltaire y Rousseau no son los únicos autores franceses que Hidalgo leía en esta época de su mundo intelectual. En la acusación que el Pbro. García de Carrasquedo hizo el 21 de junio de 1811 ante el Santo Oficio, se asegura que Hidalgo leía continuamente a los teólogos e historiadores franceses Serry, Calmet, Natal Alejandro, Rollin, Bossuet, Fleury, Vanière, Buffon, así como a Molière y Racine.

Además de los autores franceses mencionados, declara García de Carrasquedo que Hidalgo leía a Demóstenes, Esquines y Cicerón, al italiano Genovesi, al jesuítas español Juan Andrés y al jesuítas mexicano Clavigero.

Completaremos el cuadro de autores que Hidalgo leía en esta época si agregamos que en el Edicto de la Inquisición se sostenía que las “ideas revolucionarias”, las “erradas creencias” y los procedimientos de Hidalgo “son muy iguales, así como la doctrina, a los del pérfido Lutero en Alemania”, y que en el sermón de fray Pedro Bringas se dice que Hidalgo se ha convertido en un “fiel discípulo e imitador del infame Napoleón”.¹⁷

EL MEXICANO UNIVERSAL

Éste es el esquema del mundo intelectual de Hidalgo. Como se puede ver, es un mundo dinámico, en movimiento, en constante renovación con la lectura de nuevos libros y con la aceptación de nuevas ideas; no un mundo rígido, estable, anquilosado, petrificado, dogmático. No es su mundo intelectual, como se ha dicho últimamente, algo hecho exclusivamente de cultura católica, de la cultura cristiana en cuyo seno Hidalgo vivió y actuó como un “fervoroso cristiano”, como

un "buen católico" y hasta como un "guadalupano de todo corazón". Tampoco es su mundo intelectual algo puramente afrancesado, ilustrado, enciclopedista, como los historiadores vienen repitiendo desde el siglo pasado. Hidalgo fué, es cierto, un verdadero cristiano, y lo supo ser en momentos difíciles, cuando la decadencia del régimen colonial había corrompido a los grandes magnates de la Iglesia católica. Hidalgo fué también el afrancesado, y lo fué asimismo en momentos difíciles, en que serlo significaba un escándalo para la Iglesia y un "ismo" prohibido por el Santo Oficio, ya que "afrancesado" equivalía entonces a lo que hoy es el izquierdista, avanzado, radical, extremista. El mundo intelectual de Hidalgo fué el del buen cristiano y el del afrancesado, es cierto, pero fué algo más: fué un mundo de vasta cultura, de amplio saber, un mundo grande, un macrocosmos. Hidalgo supo lograr con su inteligencia excepcional un resumen, un compendio maravilloso del mundo universal de la cultura. En su mundo están presentes los clásicos grecolatinos, Demóstenes y Ésquines, Anaxágoras y Leucipo, Pitágoras y Aristóteles, Séneca, Cicerón y Virgilio; los clásicos de la filosofía patristica, Tertuliano y San Ambrosio, Dionisio Areopagita y, el mayor de todos, San Agustín; el gran clásico de la filosofía escolástica medieval, Santo Tomás de Aquino; el clásico teólogo renacentista Melchor Cano; los clásicos del teatro francés Racine y Molière; el gran español Feijóo; los egregios mexicanos Clavigero y Alzate, así como una pléyade de ilustres teólogos, humanistas, filósofos e historiadores de la Italia, de la Francia y de la Alemania cultas de entonces. Su mundo intelectual es una *universitas*, una verdadera universidad. Pero no una universidad que se define por las borlas, los bonetes y las togas carnavalescas de que tanto se enorgullecían los ilustres doctores de la Real y Pontificia Universidad Colonial, sino una universidad en la que el sentido universal de la cultura alterna con los latidos de lo nacional, de lo mexicano. La universidad, el mundo intelectual de Hidalgo, es una simbiosis de grandes porciones de savia nacional, de vida mexicana y de vigorosas corrientes de pensamiento universal. Su rango de intelectual universal no impidió a Hidalgo tener abierta la mirada para escrutar las exigencias de su pueblo y ancho el corazón para recoger sus anhelos de liberación. De esta simbiosis de univer-

salidad y mexicanidad nació nuestra independencia. Por eso el nicolaíta, el intelectual, el universitario Hidalgo es el primer mexicano universal, en quien universalidad y mexicanidad se conjugan; él es el primer gran universitario mexicano, con cuyo ejemplo tendrá que irse modelando la universidad mexicana de mañana.

NOTAS

1 *El Anti-Hidalgo. Cartas de un Dr. mexicano al Br. D. Miguel Hidalgo y Costilla, ex-cura de Dolores, ex-sacerdote de Cristo, ex-cristiano, ex-americano, ex-hombre y generalísimo capataz de salteadores y asesinos*, en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia*, México, 1877-1882, vol. II, p. 654.

2 *Diálogos entre Filópatro y Aceraio sobre la revolución de Independencia*, en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. II, p. 696 (Diálogo primero).

3 "El Rector de la Universidad avisa al Virrey que don Miguel Hidalgo y Costilla no ha recibido el grado de Doctor", en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. II, p. 126.

4 "Escrito del Inquisidor Fiscal, formulando cincuenta y tres cargos al Sr. Hidalgo", en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. I, p. 130.

5 "El Señor Hidalgo acompaña una solicitud en la que contesta los cargos que se le hicieron en el edicto de la Inquisición", en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. I, pp. 186-190.

6 Jesús ROMERO FLORES, *Documentos para la biografía del historiador Clavijero*, México, 1945, p. 18.

7 Gabriel MÉNDEZ PLANCARTE, *Hidalgo, reformador intelectual*, México, 1945, p. 17.

8 Julián BONAVIT, *Historia del Colegio Primitivo Nacional de San Nicolás de Hidalgo*, Morelia, 1940, p. 65.

9 Lucas ALAMÁN, *Historia de Méjico*, México, 1849, vol. I, pp. 351-352.

10 Emeterio VALVERDE TÉLLEZ, *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México*, México, 1896, pp. 65-66.

11 FRANCISCO BANEGAS GALVÁN, *Historia de México*, México, 1938, lib. I, pp. 164 ss.

12 G. MÉNDEZ PLANCARTE, *op. cit.*, p. 25.

13 G. MÉNDEZ PLANCARTE, *op. cit.*, p. 33.

14 "Causa seguida al Sr. Hidalgo por la Inquisición de México", en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. I, pp. 78-92.

15 *Memorias del último de los primeros soldados de la Independencia Pedro José Sotelo*, dedicadas al C. Lic. Sebastián Lerdo de Tejada; en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. II, pp. 320-330.

16 *El Aristarco, publicación semanal refutando el manifiesto del*

Sr. Hidalgo. *Continuación del discurso contra el fanatismo de los rebeldes de Nueva España*, por Don Fermín de Reygadas, en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *op. cit.*, vol. II, p. 792.

¹⁷ Fray Diego Miguel BRINGAS Y ENCINAS, sermón predicado en la Iglesia parroquial de Guanajuato, por orden de D. Félix María Calleja, el 7 de diciembre de 1810, en la *Antología del Centenario*, México, 1910, vol. I, pp. 129-147.